

Cuba: dilema y esperanza

Pedro Campos Santos

«...de justificaciones estamos cansados en esta Revolución...»

RAÚL CASTRO

(Octavo Período de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, *Granma*, 23 de diciembre del 2006)

EL CRECIMIENTO DEL 12,5 POR CIENTO, IMPACTO EN LA COTIDIANIDAD Y SIGNIFICADO REALES

Siempre se ha dicho, y la práctica lo ha demostrado, que los datos sobre el crecimiento o decrecimiento del PIB, poco a casi nada dicen de la realidad económica por la que atraviesan los pueblos.

El anunciado crecimiento de la economía cubana de 12,5 en el 2006, sirve a nuestros amigos fuera de Cuba para «demostrar» los avances de nuestro socialismo a pesar del bloqueo. Nuestros enemigos usarán el mismo número para tratar de demostrar como en Cuba se «manipulan los datos» y atacar la credibilidad del Gobierno Revolucionario, no importa que se diga siempre la verdad.

Muchos artículos alabando el abultado crecimiento han sido ya escritos. Comparar estos datos sobre crecimiento, con el resto de América Latina, está muy bien para la propaganda fuera de Cuba. Los amigos desearían que en muchos países de la región, las mayorías vivieran como la media cubana. Pero este criterio no alimenta la Revolución dentro de Cuba, al contrario, la envenena. Los cubanos queremos, necesitamos, por lo menos, recuperar los niveles de vida previos al Período Especial, y tales números y comparaciones nada dicen sobre esto. Las comparaciones caben sólo con nosotros mismos, lo que fuimos y lo que aspiramos ser.

El conformismo autocomplaciente de tales balances, hace el juego al estancamiento burocrático, nos puede llevar a la aberrante conclusión de que, así como estamos, estamos tan bien, que no necesitamos esforzarnos mucho más, cambiar nada y mucho menos avanzar al socialismo que necesitamos, al nuevo, al del siglo XXI. Y sabido es que quien no avanza, retrocede.

En realidad, este crecimiento tuvo un impacto positivo pero modesto sobre los aspectos que más golpean al cubano de a pie, a saber, salud, alimentación, electricidad, vivienda y transporte. Podría resumirse de la siguiente manera: los servicios de salud han mejorado mucho materialmente, aunque en no pocos lugares se sintió la ausencia de personal especializado; la alimentación normada se ha estabilizado, el resto sigue deficitaria y con altos precios; desaparecieron los apagones aunque aumentó

el costo de la electricidad; por primera vez en muchos años, se fabricaron o completaron más de 100.000 viviendas, mientras que el existente fondo habitacional sigue deteriorándose y el transporte urbano es pésimo, si bien mejoró el interprovincial aunque a altos precios. En algunos aspectos estamos mejor que cuando el Período Especial, en otros, la situación se mantiene igual, pero en general todavía andamos lejos de los años previos.

Según se informó en el recién concluido octavo período de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el crecimiento se había logrado gracias al control del despilfarro y a los servicios prestados, fundamentalmente. Se dijo también que la productividad general estuvo por debajo del crecimiento medio del salario, lo cual no es muy fácil de entender en un país de bajísimos sueldos para la mayoría; que la agricultura tuvo malos resultados, a pesar de la benevolencia climática; que la producción industrial fue deficiente y está retrasada la inversión. Se comunicó que el plan de viviendas se incumplió en un treinta por ciento habiéndose destinado todos los recursos que se consideraron necesarios; que el turismo no creció, la industria azucarera no se recupera, el programa de la revolución energética no avanza al ritmo deseado y el transporte, según Raúl dijo, casi había colapsado.

Tal crecimiento, por abultado que sea, originado en el ahorro y los servicios, mientras vaya aparejado a dichas ineficiencias en el resto de las ramas, no evidencia una clara incidencia específica en los pilares de una economía sólida que —para serlo— debe ser mayoritariamente autosuficiente y proporcionalmente desarrollada.

Nos estamos engañando nosotros mismos si nos creemos que el crecimiento implica desarrollo económico, y también nos equivocamos si creemos que desarrollo social es más hospitales y centros docentes, más médicos y maestros, más subsidios, más asistencia social, más beneficencia de un Estado paternal.

La URSS llegó al cosmos, era una gran potencia nuclear y no logró desarrollar las relaciones económico-sociales socialistas de producción basadas en la autogestión socialista; se quedaron en el trabajo asalariado que caracteriza al capitalismo. Por eso, fundamentalmente, el proceso se revirtió.

El Programa energético, se espera, echará las bases para el desarrollo. No se expresó claro si es para más «desarrollismo industrial» sobre las mismas relaciones de producción actuales apoyadas en el trabajo asalariado, o para el avance de las relaciones de producción sustentadas en la autogestión socialista, que no necesitan un centavo más de inversión, ni de un metro más de cable eléctrico para caminar, sino de una clara disposición del Partido y el Gobierno.

Si algo dejó claro este crecimiento unido a tantas ineficiencias señaladas, es la insospechada capacidad de los productores y la economía cubana, una vez logrado que funcione sobre la base del interés de los trabajadores, la autogestión obrera socialista (el cooperativismo, la autogestión y la gestión obrera-estatal).

LO MÁS IMPORTANTE DE LA ASAMBLEA FUE EL SEÑALAMIENTO DE LAS DEFICIENCIAS

Lo más importante que ocurrió en el octavo período de sesiones de la Asamblea del Poder Popular no fue ese anuncio de crecimiento en 12,5 por ciento, sino el aumento de los señalamientos sobre deficiencias y los intentos de encontrar soluciones. Ese resultado, que no llegó a ser el debate abierto que pidió Raúl, puede ser el inicio del camino a la solución de nuestros múltiples problemas, y el que pudiera conducirnos a

un franco proceso renovador, para el cual son necesarios todavía muchos cambios en el actual sistema de dirección de la política y la economía.

Esta vez, la Asamblea no fue, como otras, tan autocomplaciente. Siempre hubo intervenciones dedicadas al halago pero lo publicado indica que se señalaron problemas no resueltos, deficiencias concretas, incumplimientos; muchas cosas fueron llamadas por sus nombres y si no se llegó al fondo de los problemas, se estuvo rozando.

En una muestra clara del espíritu de los debates Raúl dijo: «de justificaciones estamos cansados en esta Revolución», «revolución es no mentir», «las imprecisiones, los datos inexactos, enmascarados consciente o inconscientemente, no pueden continuar»¹.

Raúl fue preciso al criticar el burocratismo que ha impedido el pago a los campesinos y cooperativistas, que aportan el 65 por ciento de los productos agropecuarios y pidió un informe concreto a la Asamblea, en su próxima reunión, sobre las causas y soluciones de este importante conflicto y se identificó como el promotor de recientes trabajos investigativos publicados en el periódico *Granma* sobre los problemas en la producción, acopio y comercialización de alimentos.

El ministro de Economía y Planificación, José Luis Rodríguez, dijo que resolver los problemas... «...será con el esfuerzo de todos... la participación de los trabajadores en la toma de decisiones en cada centro de trabajo...»². No hizo precisiones, pero hablar de participación de los trabajadores en las decisiones es empezar a abordar el camino correcto. Su discurso fue más análisis de problemas que los.

En esa misma dirección, la ministra de Finanzas y Precios, Georgina Barreiro, al presentar el proyecto del presupuesto del Estado para 2007, dijo «que las reuniones periódicas en los colectivos laborales para discutir el presupuesto y controlar su ejecución se convierten en una herramienta para alcanzar los objetivos»³.

El espíritu autocrítico, este interés de identificar los problemas y buscar soluciones en la participación de los trabajadores, es el primer paso para encontrarlas. No por esos avances reales en el abordaje de los temas podemos estar plenamente satisfechos con las discusiones y sus resultados. Se dejaron muchas preguntas sin respuestas, bastantes inquietudes en el aire y no pocas preocupaciones.

Raúl interpretó muy acertadamente los sentimientos populares con esa frase que encabeza este artículo. El pueblo también está cansado ya de justificaciones y quiere resultados palpables. Siguiendo ese espíritu, hay algunos asuntos claves que es preciso analizar, puesto que de la forma en que evolucionen dependerá en mucho el futuro de la Revolución, la patria y el socialismo, que son una y la misma cosa.

EL DEBATE NECESARIO, LAS DISCREPANCIAS

En el VII Congreso de la FEU, Raúl planteó la necesidad del debate y el análisis para buscar soluciones a los problemas en el marco de la discusión colectiva. Dijo entonces el General de Ejército: «A veces hay quien le teme al término discrepar, pero yo soy de los que digo que mientras más se discuta, mientras más se discrepe... de esas discrepancias siempre saldrán las mejores decisiones».

Las informaciones publicadas en la prensa plana, digital y televisiva sobre la reciente sesión de la Asamblea del Poder Popular, no dejan lugar a dudas de que se han incrementado los señalamientos críticos, pero el debate se quedó lejos de lo esperado, de esas discrepancias que pidió Raúl. Hablaron, sí, los representantes del aparato

burocrático del Gobierno, los que deberían hablar en nombre del pueblo no se escucharon. ¿Acaso eran los mismos?

Si bien se observa un aumento del reconocimiento de las deficiencias por los funcionarios gubernamentales, sigue ausente el papel inquisidor de los delegados elegidos por el pueblo. Tanto los acuerdos del reciente XIX Congreso de la CTC, como los discursos publicados de los dirigentes principales en el VII Congreso de la FEU y las intervenciones de los cuadros fundamentales del aparato estatal en la reciente sesión de la Asamblea Nacional del Poder Popular, sugieren que las discusiones y soluciones se están orientando al marco de lo fenoménico, sin llegar a las raíces de los problemas.

No se trata sólo de debatir, sino de establecer la libertad de discusión suficiente, sin intentar orientar ni controlar desde arriba los debates y las eventuales soluciones, de manera que posibilite llegar a las causas profundas de los problemas, ir hasta el final en los análisis. Si lo que se orienta es debatir sobre la corrupción y la indisciplina y no sobre sus causas económicas y sociales, la dirección del debate es unilateral, no multilateral. Mientras no discutamos los problemas de fondo, las verdaderas causas de las insuficiencias, no encontraremos las correctas soluciones.

Si para buscar las profundas causas de los problemas y las crisis en el capitalismo, debemos remitirnos a las relaciones económico-sociales que contraen los hombres en el proceso de producción, lo mismo debemos hacer si queremos encontrar las verdaderas razones sistémicas que están generando estos problemas en el funcionamiento de nuestro actual orden económico-social.

En consecuencia, deben debatirse los problemas de la propiedad, la forma en que se realiza la gestión empresarial, la manera en que se toman las decisiones y se controlan los recursos, la forma en que se paga a los trabajadores, el modo en que se distribuye el excedente, y la participación directa de todos los trabajadores en las discusiones y en la toma de decisiones para todos los efectos en una empresa, en una entidad productiva cualquiera.

Las consideraciones públicas que se ofrecieron en estos debates no abordan estos temas esenciales y siguen relacionando los graves problemas de corrupción y la disciplina con la actitud de los funcionarios administrativos y los trabajadores, factores no primarios, sino dependientes, relacionados con la conciencia social, como la ética, elementos todos de la superestructura que siempre dependen de la base sobre la cual descansa, compuesta por el modo de producción. La forma de análisis que evade estos profundos temas nos conduce a un círculo vicioso.

Se reconoce que Raúl está imponiendo un cambio de estilo en la dirección. La Revolución, el pueblo, esperan, necesitan más. El cambio debe ir al fondo, y particularmente al sistema de organización de la producción y a reivindicar el papel dirigente efectivo de los trabajadores en la dirección empresarial y el del pueblo en el control directo del autogobierno a todos los niveles.

Se culpa de las deficiencias a la indisciplina laboral y, por tanto, indirectamente, a los trabajadores.

La única causa común que se ha estado señalando para todas las deficiencias es el problema de la indisciplina laboral y las únicas dos medidas importantes, en las que se ha hecho énfasis para resolverlas son la aplicación de las dos resoluciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social sobre el cumplimiento del horario de trabajo y la

jornada laboral. Quizás sin darse cuenta, este discurso está haciendo recaer toda la responsabilidad de esos problemas en los hombros de los trabajadores, los únicos que, en verdad, en este país, no tienen nada que ver con las decisiones en ningún nivel.

Si alguna responsabilidad tienen los trabajadores en todo esto, es haber soportado durante tantos años a todo este aparato burocrático de Gobierno demostradamente ineficiente, despilfarrador; que todo lo complica y no mucho resuelve, pues, en la práctica, las acciones y decretos efectivos los ha hecho todos el Consejo de Estado, que centralmente ha tomado todas las decisiones que la Asamblea sólo sanciona en dos días de reuniones. La Asamblea, en verdad, sólo aprueba decretos y leyes ya elaboradas por el Gobierno.

La responsabilidad de los trabajadores está en no haber buscado la forma de reformarlo, cambiarlo o reestructurarlo; no para dar cabida a planes contrarrevolucionarios como el Proyecto Varela o a porquerías pseudodemocráticas por el estilo que buscan restaurar el capitalismo, sino para evitar el estancamiento actual, garantizar el avance de la Revolución y el socialismo y, sobre todo, el control popular efectivo del pueblo sobre las instituciones de Gobierno. La institucionalización no puede ser sinónimo de burocratización.

En cierta forma, librarse de esa burocratización es lo que trataron de hacer Fidel con su Batalla de Ideas y Raúl con sus programas de producciones militares, sacándolos del sistema de Gobierno; el primero, para garantizar las obras y tareas que consideraba más importantes en beneficio del pueblo y el segundo, para garantizar la autosuficiencia del aparato militar. Ellos sabían que allí donde abundan las trabas burocráticas, algunas de las cuales se mencionaron en la sesión, tales planes no iban a caminar.

Desde fuera se aprecia que los planes del Consejo de Estado y de las FAR han sido más eficientes, han contado con más recursos, han ofrecido más estímulos a los trabajadores y han mantenido cierta autonomía independiente del resto de la economía. Pero no encontramos en la Asamblea ningún análisis sobre esto.

Si la dirección en funciones quiere hacer avanzar el país, tendrán que tener en cuenta, de alguna manera, las formas creativas en que Fidel y Raúl han tratado de hacer funcionar los planes en que ellos concentraron atención y recursos, y realizar alguna revisión sobre la forma en que funciona actualmente el aparato de Gobierno con todo su Consejo de Ministros, sus ministerios, viceministerios, direcciones, delegaciones, uniones de empresas, empresas, aparatos burocráticos y de cuadros, edificios, transportes, casas de visita y costos de todo ese andamiaje. Tal análisis implicaría la relación de subordinación real, efectiva o más conveniente, de tal aparatado en relación con las asambleas correspondientes del Poder Popular.

HAY QUE CUIDAR LA COHESIÓN DE LAS FUERZAS DE LA REVOLUCIÓN

Raúl ha hablado reiteradamente de la necesaria unidad en las actuales circunstancias que atraviesa la Revolución. La unidad bajo la guía de Fidel ha tenido unas bases. En las nuevas condiciones, esas bases pueden cambiar. Existe un único Partido en Cuba, pero eso no quiere decir que exista una línea unánimemente compartida. Es evidente que siendo todos partidarios del socialismo, hay diferencias conciliables sobre las formas de llevarlo hacia delante y distintos sectores con intereses propios. No reconocer esto es cerrar los ojos ante la realidad, tropezar en algún momento con ella, y darse de bruces.

La cohesión futura probablemente no será sobre la base de nombres y hombres, sino de principios y fines.

En la última sesión, la Asamblea —que todos los años aprueba el nombre del próximo— decidió que el 2007 se denomine Año 49 de la Revolución y que, a partir de ahora, todos los años venideros se llamarán año 50 de la Revolución, 51 de la Revolución y así sucesivamente.

Esta decisión viola, primero, el carácter soberano de cada legislatura, pues se ha pretendido, desde ahora, imponer a las futuras los nombres que se van a conceder a los próximos años. Pero, además, y lo más importante, esta decisión no asume que el 2007 será el 50 Aniversario del Heroico Asalto al Palacio Presidencial, hecho de trascendencia histórica y revolucionaria, protagonizado por las fuerzas estudiantiles y juveniles que combatieron la dictadura y que, como dijera el mismo Raúl Castro en el VII Congreso de la FEU, se trata de la organización revolucionaria más antigua de nuestro proceso, pues incluso es anterior a la formación del Primer Partido Comunista.

Además, es una singularidad del proceso revolucionario cubano, la participación de los estudiantes y los jóvenes en la vanguardia de las luchas sociales en esa y en todas las épocas.

De esta manera, se pasa por alto el significado del Asalto a Palacio, en un momento tan importante para la cohesión de las fuerzas revolucionarias signado por la enfermedad de Fidel, y cuando nuestros estudiantes acaban de enfrentar importantes batallas orientadas por la máxima dirección y realizar un congreso que se ha calificado de histórico, lo cual no sólo contraviene la unión necesaria, sino que afecta la propia credibilidad de los que dicen profesarla, además de dañar la sensibilidad de los sobrevivientes de aquella gesta.

El mismo análisis es válido para el 50 aniversario del Levantamiento de Cienfuegos. Se podría haber buscado una fórmula que englobara esos acontecimientos, como «Año de los Aniversarios 50 del Ataque a Palacio y el Alzamiento de Cienfuegos». ¿Estamos a tiempo?

De la misma manera que estas omisiones pueden afectar a algunos sectores y fuerzas de la Revolución, responsabilizar a la indisciplina laboral de los trabajadores, por las graves deficiencias, es echar agua al molino de la desunión en el seno del pueblo, más aún cuando la Asamblea resultó bastante benevolente con los incumplimientos que se identificaron.

En las nuevas circunstancias, es más necesaria que nunca la cohesión —no la falsa unanimidad que oculta las diferencias— de las fuerzas internas de la Revolución. Esa ligazón debe ser cuidada con esmero y —venga de donde venga— evitarse cualquier manifestación sectaria de control sectorial, generacional o de otro tipo. El imperialismo está atento a las señales que puedan surgir en este sentido, para fomentarlas y explotarlas, como ya hicieron otras veces en épocas pasadas. Sólo que ahora con Fidel enfermo, o sin él, cuando no esté, todo puede ser más peligroso.

LA DISCIPLINA QUE NECESITAMOS NO ES PRECISAMENTE DE TIPO MILITAR

En los últimos meses, se aprecia una clara orientación del aparato estatal a tratar de resolver los graves problemas económicos y sociales que enfrentamos, a través del establecimiento de una mayor disciplina administrativa y laboral, al estilo de las Fuerzas Armadas. Ese fue el sentido que se imprimió al XIX Congreso de la CTC y de las dos principales resoluciones del Gobierno en relación con los problemas de la producción, dictadas por el Ministerio del Trabajo y Seguridad Social sobre la disciplina y la jornada laboral. Fue también lo que primó en esta sesión de la Asamblea Nacional.

El Segundo Secretario del Partido ha dicho reiteradamente —y con razón— que la experiencia organizativa y productiva de las FAR debe ser tenida en cuenta en la vida civil. Él también sabe que si las empresas agrícolas e industriales de las FAR han funcionado mejor que las civiles no fue precisamente por la disciplina militar, sino por combinar ésta con métodos de estimulación económica y gestión colectiva. Esta otra parte, que nada tiene que ver con lo militar, es la que debe ser tenida en cuenta.

De esas experiencias debe tomarse lo mejor. En el Perfeccionamiento Empresarial, que nunca se llegó a aplicar como originalmente fue concebido para la vida civil, por todas las trabas burocráticas que impuso el sistema estatal, están presentes elementos básicos de la autogestión socialista, que sólo necesitan ser completados con una mayor democratización en la gestión empresarial, y el control colectivo sobre la inversión y el reparto de utilidades.

La insistencia de Raúl en la disciplina es lógica, pues él ha consagrado su vida a la organización de las Fuerzas Armadas, donde la disciplina y el mando centralizado son las vías fundamentales para lograr buenos resultados en la preparación militar y en los eventuales futuros combates con el enemigo y, en consecuencia, vea en la indisciplina administrativa y laboral existente uno de los principales problemas de la economía.

Algunos compañeros temen que su insistencia en la disciplina lleve a otros dirigentes a realizar un traslado mecánico de los aspectos formales de la disciplina y la exigencia de tipo militar a la vida laboral o civil y estiman que eso sería mal interpretar sus intenciones, deformar sus orientaciones, y complicar las relaciones laborales y sociales.

Raúl ha explicado su método de dirección colectiva con sus generales y el colegio (sic) de las decisiones importantes. Eso es algo muy bueno para lo militar, pero insuficiente para el desarrollo de la sociedad y la economía socialistas, que debe basarse en la más amplia participación democrática en las decisiones a todos los niveles, de todos los colectivos laborales y sociales, cada uno de los cuales debe aprobar y ser responsable de sus planes y presupuestos. Por eso, más que por una democracia participativa, deberíamos trabajar por una democracia decisoria, puesto que la participación sin decisión es nada.

El Partido y los órganos del Poder Popular ya fueron semi militarizados cuando el Período Especial y al Buró Político se le confirieron entonces facultades de decisión y cooptación que se siguen poniendo en práctica cuando lo que corresponde ya es la celebración del VI Congreso del Partido. Esas experiencias, que pudieron ser acertadas en tiempo de guerra, deben cesar, y es un grave error extenderlas al resto de las actividades de la sociedad.

Que muchos cuadros, probados revolucionarios, de la vida militar se incorporen luego a la vida política social y productiva del país, es lógico en nuestra sociedad, donde tan importante y decisivo papel jugaron las instituciones armadas en el triunfo de la Revolución y en su defensa posterior. Pero trasladar con ellos sus formas y estilos propios a las instituciones y funciones a las que se incorporan, cuando menos, es contraproducente y autocrático para un sistema económico y social que debe tener bases distintas. Los intentos de imponer una organización disciplinaria en estilo parecido a lo militar al pueblo, a los trabajadores, a la producción, al Partido, sólo podrían tener efectos desastrosos. Los problemas sociales, económicos y políticos deben tener soluciones congéneres.

La sociedad y la economía no funcionan en base a los mecanismos militares. Si bien es cierto que estamos en un permanente combate con el enemigo, éste se libra

en distintos campos (político, diplomático, económico, social, cultural, militar y de seguridad, por citar los más importantes), cada uno de los cuales tiene sus características, métodos y leyes propios de funcionamiento que deben ser respetados y no intercambiados. La disciplina, muy importante para lo militar, también lo es para la vida civil y para cualquier actividad social, productiva y política, sólo que cada actividad tiene su propia disciplina.

La nefasta experiencia estalinista de subordinar el Partido y la sociedad al control de los órganos de la seguridad, y no al revés, no deberá tener aquí ninguna posibilidad. De lo contrario, el fracaso futuro está garantizado.

Si en lo militar, la fidelidad a la orden del Jefe es lo fundamental en el combate, en lo civil, lo determinante pasa a ser la fidelidad de los jefes a los intereses de los ciudadanos. Si la CIM (Contra Inteligencia Militar) parte de dudar de todos y confiar sólo en los fieles a los mandos militares, en lo civil, y particularmente en la vida política, hay que dudar de todo lo que no sea fiel a los intereses del pueblo y los trabajadores. Quien define cuáles son los intereses del pueblo y los trabajadores, no son los jefes militares, ni los aparatos de seguridad designados por estos, sino la voluntad de los ciudadanos y de los trabajadores libremente asociados y democráticamente expresada.

Cuando estaba preparando la «guerra necesaria» —puesto que no siempre lo es—, Martí, quien admiraba como nadie al Generalísimo Máximo Gómez, le dijo: «No se manda a un pueblo como a un campamento, General». No vamos a resolver los problemas de la economía y la sociedad con más disciplina, como en el ejército. Aquí los problemas tienen otra naturaleza, otras leyes. Deben ser respetadas.

No deberán repetirse experiencias negativas pasadas, cuando a otras instituciones y órganos del Estado se les impusieron sistemas y métodos militares ajenos a sus funciones. El rechazo del pueblo y los trabajadores a la insistencia en la disciplina, como vía de solución a los problemas económicos y sociales del país, ya se palpa con el desacuerdo de las bases a aceptar las dos resoluciones sobre disciplina que se han querido imponer.

En el socialismo, los trabajadores producen porque están convencidos de que su trabajo crea beneficios para la sociedad, la región, el colectivo de trabajadores y para ellos mismos. La disciplina productiva debe ser consciente, no impuesta. Pero para lograrlo la organización de la producción no puede seguirse basando en la centralización de la propiedad y las decisiones y en el sistema de trabajo asalariado en forma similar al capitalismo. Tal organización debe cambiarse a nuevas formas socialistas de producción basadas en la autogestión social socialista, la propiedad o el usufructo de los colectivos laborales y sociales, la gestión democrática de la producción y la repartición equitativa y no igualitaria del excedente, colectivamente aprobada.

**LAS DECISIONES NECESARIAS, LAS QUE PUEDEN SOLUCIONAR
NUESTROS PROBLEMAS DE FONDO, NO FUERON ANALIZADAS**

Si es verdad que fueron muy positivos los señalamientos relativos a las muchas deficiencias, problemáticas y carencias que afrontamos, también lo es que no hubo ninguna convincente explicación sobre sus causas. Sólo el informe pedido por Raúl sobre la agricultura, apunta en esa dirección. Tampoco se aprobó ninguna medida de fondo específica para enfrentar estos problemas, pues todo se confía a las nuevas inversiones posibles, al ahorro, a futuros análisis y a más disciplina. Según lo publicado, la Asamblea admitió

esencialmente como bueno todo lo que se dijo. La responsabilidad de las muchas ineficiencias quedó diluida.

Se supone que la Asamblea Nacional deba pronunciarse sobre todas estas graves insuficiencias y exigir a los responsables en nombre de los electores que les confirieron un mandato. Y no sólo sobre responsabilidades individuales o colectivas, sino sobre mecanismos, métodos que facilitan o posibilitan los incumplimientos. Las consecuencias las está pagando el pueblo y el costo en prestigio, fuerza y popularidad va con números rojos a la cuenta ya afectada que atesora el capital político de la Revolución que todos debemos cuidar.

En noviembre del 2005, hace ya más de un año, Fidel dijo que si no resolvíamos los problemas que teníamos los propios revolucionarios podríamos destruir la Revolución. Esta Asamblea no hizo mención al respecto, que se sepa, ni recuento alguno de las medidas tomadas para enfrentar ese llamado, salvo los ataques a la corrupción y la indisciplina, la concentración del gasto de la divisa en una cuenta estatal única, la Revolución energética, el envío de los estudiantes a las gasolineras y de los dúos del Partido, que pocas cosas importantes resolvieron, medidas todas tomadas mientras Fidel no estaba enfermo. ¿Qué de nuevo se ha hecho en los últimos seis meses para responder al discurso del jefe de la Revolución en la Universidad?

La clase trabajadora, el pueblo, la Revolución están necesitando que se tomen acciones concretas, efectivas, en cuanto a la doble circulación monetaria, las políticas de salarios y precios, una revisión de las formas de propiedad y producción así como del sistema de trabajo asalariado típico del capitalismo, la descentralización de los recursos y las decisiones, lo que significaría el verdadero control del Poder Popular a su respectivo nivel y un conjunto de otras medidas cuya postergación ya se hace insostenible, so pena de que se haga realidad lo señalado por el propio Comandante en Jefe en noviembre de 2005.

Ninguno de estos problemas de fondo fue abordado en esta Asamblea. Ninguna solución se ofreció en esas direcciones.

Se sabe que a nivel de base existe una casi total apatía en relación con las asambleas de rendición de cuentas del Poder Popular, pues siempre ocurre lo mismo: un rosario, cada vez menor, de solicitudes de los electores, que en la próxima reunión —en su mayoría— no tienen una respuesta efectiva, pues su solución depende de estructuras ajenas. Los delegados elegidos por cada municipio a la Asamblea Nacional rara vez se reúnen con sus electores y todos sabemos que fueron incluidos en las candidaturas no atendiendo a los problemas y necesidades municipales, sino a los intereses «generales» de los que decidieron la integración de las candidaturas municipales, las que luego se nos pidió que votáramos «unidas».

De continuar siendo estos los resultados de la Asamblea Nacional, ésta corre el riesgo de seguir la misma suerte que las asambleas de rendición de cuentas de delegados de base y que en las próximas elecciones, la gente no vote por los propuestos oficialmente o simplemente no vote y se aumente el número de boletas en blanco y anuladas, todo lo cual, unido, ha venido creciendo y llegó a cerca del quince por ciento en las últimas elecciones.

Si como dijo el presidente de la Asamblea Nacional, el compañero Alarcón, el Poder Popular debe ser la mayor expresión de democracia y participación popular, la

primera que debe garantizar que sus acciones reflejen esa democracia y esa participación es, precisamente, la Asamblea Nacional. Esta sesión, que avanzó en cuanto al enunciado de problemas, no ofreció las soluciones nuevas que está demandando el pueblo. Un artículo de *Juventud Rebelde*, del 2 de enero de 2007, «Dibujo de la Cuba Futura», así lo demuestra.

Es posible que estos señalamientos no sean compartidos o simplemente no interesen a algunos compañeros que allá arriba, en sus cargos, se creen muy seguros. Pero los revolucionarios que estamos en la base, que estamos sintiendo el aliento del pueblo, estamos observando que cada vez más avanza un proceso de separación gradual entre los intereses, visiones y proyecciones del aparato central del Estado y los del pueblo. Y, desgraciadamente, esto nos puede conducir al fatídico resultado presagiado por Fidel.

El Poder Popular debe asumir su papel de representante de los intereses del pueblo, de fiscalizador del aparato de Gobierno, de cuidador de los recursos, bienes y dineros del pueblo; debe discutir a profundidad los problemas y ofrecer alternativas tangentes ante las situaciones en que nos encontramos. Si la Asamblea Nacional del Poder Popular sigue por el camino de no aportar soluciones, dejarlo todo a la iniciativa del Gobierno, y por el inocuo trillo de quedarse en la superficie de los problemas, estará haciendo un flaco servicio a la causa de la Revolución.

Siempre se ha dicho que no se puede ser juez y parte, y ocurre que los diputados de la Asamblea Nacional son también los ejecutores del presupuesto, a los que debe fiscalizar. Quizás, sin caer en la trilogía de poderes, debería pensarse en algo así como que los representantes del pueblo queden para fiscalizar a los ejecutantes. De manera que no se pueda ser fiscalizador y ejecutante a la vez. Debería analizarse la conveniencia de dividir esas dos funciones a todos los niveles del Poder Popular.

HACIA DÓNDE VAMOS

Ya no es posible seguir diciendo que no hay experiencias de cómo construir la nueva sociedad, para justificar un aferramiento a viejos y anquilosados métodos. Hay claras experiencias de cómo NO debe ser construida y bastante material teórico, que rescatando las esencias del marxismo-leninismo y los aportes sintéticos y prácticos de revolucionarios posteriores, permiten definir con claridad los rasgos más generales del nuevo socialismo, el del siglo XXI (participación, democracia, inclusión, autogestión e integración).

Cosas hay que decir, aunque no gusten, si queremos honestamente «amar y construir»: silenciar las diferencias bajo el supuesto de que discutir las favorece al enemigo o postergarlas indefinidamente, sólo sirve para obstaculizar el avance revolucionario, y consolidar el burocratismo, la corrupción y el autoritarismo, echando a un lado precisamente a los obstáculos y a los opositores de todo eso. La incultura del debate y la intolerancia nada tienen que ver con el centralismo democrático, tan cercenado siempre en su segunda pero más importante parte.

Raúl ha manifestado, y la práctica de estos meses le ha dado la razón, que el único capaz de sustituir al Comandante en Jefe, es el Partido Comunista de Cuba. Pero, en verdad, con los métodos y criterios predominantes actuales, ni el Partido parece estar en condiciones de enfrentar esa colosal tarea. Para llenar ese vacío y convertirse en el sujeto apropiado de las necesarias transformaciones socialistas, el Partido deberá

cambiar muchas cosas internas aceleradamente, abandonar el burocratismo y los métodos antidemocráticos, dirigir a través de sus militantes y no institucionalmente, aprender de los trabajadores en lugar de criticarlos y asumir las concepciones generales del nuevo socialismo o socialismo del siglo XXI, entre otras cosas.

Especialmente, esa unificación práctica que existe Partido-Estado, imposibilita al Partido jugar su verdadero papel, desgastado en cada acción burocrática y administrativa del Estado, responsabilizado con cada hecho que ocurre. A los dirigentes del Partido se les ha convertido en burócratas del aparato estatal responsables de todo. Eso, que en América Latina llaman partidocracia, debe superarse.

Ya cuando el llamado democrático de Raúl al IV Congreso del Partido en 1990, éstas y otras deficiencias en el trabajo del Partido y los Poderes Populares fueron expresadas. Sería conveniente retomar aquellos señalamientos y hacer las readecuaciones necesarias, entonces postergadas.

Los errores pasados no se resuelven enterrándolos en el olvido de quienes los cometieron, sino enmendándolos, para que puedan recibir adecuada sepultura en el recuerdo de los perjudicados. Esto también es muy importante para la cohesión interna de la Revolución.

La reacción popular ante la enfermedad y la proclama de Fidel, no debe interpretarse como la extensión de un cheque en blanco al equipo que aparece en la proclama, sino más bien como una muestra de respeto y cariño al jefe histórico, y en todo caso la aceptación de un indefinido compás de espera, con la esperanza de que los «continuadores» aporten soluciones a los graves problemas que enfrenta nuestro pueblo. Esto es una realidad palpable en las masas.

Es un grave error pensar que más subsidios para la alimentación, el transporte y la vivienda, van a resolver las insatisfacciones de las masas. No debe menospreciarse el grado de maduración política y cultural de nuestro pueblo, de nuestros trabajadores. Más que mejoras materiales subsidiadas, los trabajadores demandan respeto y reconocimiento real a su trabajo y a su autocapacidad reproductiva. Si se quiere que la gente viva de su faena, respétese el trabajo que es su medio de vida y aplíquese en buena ley el pago por trabajo, pero no por la burocrática definición de un salario desvinculado de los resultados concretos de la producción, sino en forma equitativa y democráticamente decidida por el colectivo de trabajadores, de acuerdo con las nuevas relaciones socialistas de producción. Esto es impostergable.

Seguir creyendo que el Estado todopoderoso, todo poseedor, benefactor, con una «mejor» distribución del ingreso, podría satisfacer las acumuladas necesidades materiales y espirituales de nuestro pueblo, podría llevarnos —en breve— al desastre que se quiere evitar. Más que un Estado «benevolente y repartidor», la gente, la sociedad y la propia economía necesitan un Estado que propicie más participación y decisión popular. Ya Martí, en 1884, hace 123 años, nos previno contra el Estado paternalista. Entiéndase que sin Fidel al mando, nada podrá ser, ni hacerse igual.

En particular, los presupuestos y las inversiones, tanto a nivel empresarial como en las distintas instancias del Poder Popular, incluido el Presupuesto Nacional, deben ser aprobados por todos los interesados y no sólo por los representantes de estos. Así, el presupuesto de una empresa debe ser aprobado por todo su colectivo y el Presupuesto Nacional, luego de amplia discusión, sometido a referendo nacional.

Los peligros que advirtiera el Comandante en Jefe, en la Universidad, en noviembre del 2005 no han desaparecido, pues ningún cambio trascendente hacia más socialismo ha ocurrido aún. En todo caso, pueden acrecentarse con su ausencia y pudieran aumentar aún más con eventuales modificaciones en la política —no en los objetivos— del imperia- lismo estadounidense hacia el aflojamiento de tensiones y el desbloqueo, que harían menos justificables la escasez y la continuación de políticas autoritarias y estado centristas.

Con más de lo mismo, no lograremos avanzar. Tampoco con un desarrollismo que siga acrecentando el potencial del capital productivo en manos del aparato estatal. Sólo la más amplia participación democrática de los trabajadores y ciudadanos en la propiedad colectiva, directa o usufructuaria, sobre los medios de producción; en la administración, la gestión y las decisiones que los afectan, y en el control y distribución de la riqueza producida, permitirá superar la corrupción y el despilfarro, hacer que la gente sienta suya la propiedad y avanzar a nuevos estadios de desarrollo social.

Acójase todo lo aquí expresado como otra exhortación más a la necesidad de encarar en conjunto, pensar todos, como ya nos pidió Fidel cuando la celebración del VI Pleno del CC, para encontrar la manera de enfrentar colectivamente estos problemas de la construcción socialista en las nuevas condiciones. Para muchos parece estar ya claro, que no podemos seguir con el sistema burocrático excesivamente centralizado actual, basado en el trabajo asalariado y la propiedad estatal que es de todos y nadie responde por ella. Las ideas básicas, centrales del socialismo del siglo XXI existen, se conocen, se manifiestan en nuestra sociedad, ya echan raíces en tierra americana. ¿Hay alguna otra opción?

Al hombre que ha representado una Revolución, sólo puede sustituirlo otra Revolución, la que no hemos terminado y nos corresponde hacer en las relaciones de producción, distribución y consumo, dejando atrás las viejas concepciones del socialismo de Estado basadas en la propiedad estatal y el trabajo asalariado y avanzar a las socialistas, sustentadas en que los colectivos laborales y sociales detentan la propiedad o el usufructo de los medios de producción, la gestión democrática y el control del excedente, proceso que debe extenderse socialmente.

La ausencia física del Comandante en Jefe, transitoria, prolongada o indefinida, sólo nos puede servir de estímulo para buscar la forma de garantizar la continuidad de su obra.

La irreversibilidad de la Revolución podemos y tenemos que conquistarla; pero sólo estará garantizada cuando también lo esté la autogestión social socialista.

Kaosenlared.net, miércoles 3 de enero, 2007.

http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=28907

NOTAS

- | | |
|--|---|
| <p>1 Informaciones sobre el octavo período de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, tomadas del periódico <i>Granma</i> del 23 de diciembre de 2006.</p> <p>2 Informaciones sobre el octavo período de sesiones de</p> | <p>la Asamblea Nacional del Poder Popular, tomadas del periódico <i>Granma</i> del 23 de diciembre de 2006.</p> <p>3 Intervención de la ministra en la Asamblea del Poder Popular.</p> |
|--|---|